

# A C T I T U D E S

## CANCIONES DE LA MUERTE CAMPESINA

Por AGUSTIN SOLER Y CAJAL

*A la memoria de un hombre:  
Agustín Cajal, que Dios guarde.*

*La muerte, que se acerca*

¡A y, muerte, muerte campesina, que vienes despacio en esta noche fría! Ya oímos tu sordo silbido. Sentimos cómo te acercas zigzagueando por entre las estrellas inmóviles y fijas.

¡Ay, muerte, muerte campesina, que afilas árida y feroz tu amorosa guadaña cortante en los cantos vivos de las rocas celestes!

Ven ya de una vez y llévate.

Envuélvelo en el firmamento helado de tu regazo. Acaricia cuando quieras a este espíritu torturado, que cruje ahora a los estertores de tu anuncio. Y dale la paz. Tráele la paz a este cuerpo que zozobra con delirio en tus umbrales.

¿Por qué eres así, oh muerte? Igual siempre y para todos. Igual infinitamente desde la luz primitiva que vio la primera aurora del mundo. La misma, cuando el planeta haga su última pirueta en el firmamento. Cambias todo en un instante. Todo lo has cambiado. Y nada.

¿De dónde vienes tú, tan poderosa? ¡Ay, muerte, que respiramos ya tu aliento emponzoñado de fervoroso eco! ¿De qué lugar es tu origen, que produces este dolor tan intenso con sólo llover tu presentimiento? ¿Será tu nacimiento en un rincón recóndito y oscuro de la luminosa mano del Eterno?

¡Ay, muerte, que vienes insinuante en la capa oscura de esta noche cargada de angustia! Nosotros no te vemos. Ni él tampoco. Pero tu presencia está viva entre nosotros. Te olemos. Y te tocamos. Te sentimos áspera sobre nuestros pechos angustiados.

Y esta casa grande, no lo es tanto que pueda albergarte. Ahora nos parece muy pequeña. Para ti y para nosotros. Y hasta el campo y la madrugada tenebrosa parecen gemir para parirte. Tan grande eres. Y tan augusta.

Tú vienes. Vienes. Y nosotros lo sabemos.

Contra todos y contra todo. Tú vienes. Lo sabemos bien.

Dime tú, amiga: ¿Quién te marcó el tiempo justo? ¿Cuándo será el instante en que por fin te posarás sobre su cuerpo enflaquecido?

Todo es inevitable. Y lo sabemos bien. Te sentimos llegar. Y no quisiéramos verte nunca. Aunque desearíamos saber de dónde vienes. Saber. Saber si brotaste de nuestro pecho profundo. O del estático cielo. O de las entrañas abruptas y generosas de la tierra.

¡No nos hagas llorar, oh muerte, porque sabemos que al fin de todo tú eres buena! No nos tortures más con tus satíricas danzas, irónicas y mordaces... Ven pronto, te pedimos. Solamente esto: ven, y pronto.

Así debe acontecer después de todo.

¡Ay, muerte campesina, que vienes esta noche fría zigzagueando silbante por entre las estrellas!

¡Cómo es de fría la caricia de tu mano gigantesca! La gota de rocío que cae silenciosa de tus ojos helados y vacíos. El aliento cálido que se nos hunde como una barra de hielo por las venas y las arterias dilatadas y duras.

Ven ya de una vez.

Nuestro más grande deseo y nuestro más grande amor es para ti ahora. Te sabemos buena al fin.

Estás en nuestra alucinada mente que sufre. No te vemos. Pero sabemos que estás ahí mismo. Agazapada como un felino hiriente que nos va a librar por el dolor. Como una fiera sin uñas afiladas. Sin erizados incisivos que desgarran crueles. Estás en nuestra alucinada mente que sufre.

Esperamos el salto piadoso de nuestra liberación. De su liberación.

¡Ay, muerte campesina, que vienes esta noche fría zigzagueando silbante por entre las fijas y duras estrellas!

Ten piedad y aparece.

Ven ya de una vez.

Y llévatelo contigo para siempre.

*El patriarca*

Mira: ese es el pueblo mísero y desconchado. Míralo allí. Está quieto en la llanura y en el tiempo. En su silencio sonoro, hay una paz azogada que nos dice de su incertidumbre.

La incertidumbre es la suma de todo su dolor.

Todos los cuellos están erguidos, rígidos y tirantes sobre los hombros. Y las orejas de cada hombre, mujer o niño, escuchan incitantes en el silencio que lo ha paralizado todo.

El patriarca, se muere.

Un hombre se acaba. No uno cualquiera, no. Quien se va a morir es el patriarca. Aquel que nos cobijaba con su amor, con su bondad, con su consejo. Ha sido nuestro lucero matutino. El ha sido nuestro guía. Como antes en otro testamento lo fueran Moisés y Josué. Como otros fuertes varones suscitados por Dios.

El patriarca, se muere.

Está ahora allí, ¿le ves? Allí, tendido en su pobre y limpio lecho. Allí, inmóvil y esperando. Al fondo de la alcoba blanqueada. Y se muere. Tiene sobre sus labios resecos y entreabiertos el beso del fin. Y el fin, está todo en su cuerpo inmóvil, que tiembla sosegadamente en la inconsciencia de un cerebro nublado.

El patriarca, se muere.

Ahora, no habla ya. Ni oye. Ni siente. Ni ve tan apenas. Casi no puede ni amar su corazón, que se le estrecha adentro. Su lengua está reseca como un desierto. Y el agua fresca con la que le humedecen los labios, no tiene para él sombra, ni frescor, ni refrigerio.

Ahí le tienes, amigo. Cruzado igual que un roble derribado, sobre el colchón de lana que huele a tomillo y a romero. Ahí está, querido amigo mío, su alta y enjuta figura dibujada con fuertes trazos de blancas y suaves sombras.

Es el patriarca, ya lo sabes.

Y se muere.

Un cabello escarlata se quebró fulminante en su cerebro. Y la sangre que clama su himno de libertad, se vuelve peligrosa y dañina en el encierro. La sangre que era su vida. La sangre eterna que brotó un

día del milagro divino de dos cuerpos, ha tensado ahora sus músculos agarrotados. La sangre, que imaginamos, ha vidriado sus ojos santos en dos opacos y rocosos cristales.

Puede parecerle mentira, amigo mío. Pero el patriarca, se muere. Y esto es bien cierto. ¿Por qué sino está allí ahora yerto, agitándose con respiración entrecortada y fatigosa?

Ahí le tienes.

Un instante fue suficiente. Un solo momento le bastó, para recibir sumiso y contento, el aviso de su final. Cuando se sabe mucho, un momento es suficiente. Cuando se ama, una llamada es el sumo gozo. Cuando se vive, un segundo sobra para saberlo.

Ya muy pronto, cuando de él hablemos, diremos solamente... «era». Como un recuerdo. Tal vez, como un sueño bueno.

Porque el patriarca se va a morir. Y sin remedio. Tú debes saberlo ahora. Porque yo lo sé bien. Y te lo digo.

Luego ya no tendremos su antorcha de luz en nuestra noche. No habrá más voces de él entre nosotros. Ni consejos, ni palabras de aliento, ni justas cóleras.

Tú y yo, amigo del alma, le sentiremos siempre cerca, a nuestro lado, en nuestros corazones. Pero ya no le veremos aquí otra vez y muchas veces más, como hasta ahora. Mira, vecino bueno, y sencillo, y simple, que él se va a marchar para siempre de entre nosotros. El patriarca, se nos va, ¿sabes? Se nos va.

Continuar todos escuchando. Oír, conteniendo los alientos en la tensión de vuestro temor. Sentiréis que él quiere marcharse sin hacer ningún ruido molesto. Bien sabéis cuánto os ha amado a todos. Y os ama mucho aún... Pero una llamada ha recibido y debe marchar. Tiene que partir irremediamente.

Es el patriarca quien nos deja.

Era el patriarca.

### «Tula»

¿Por qué estás triste como el día frío de noviembre? ¿Por qué estás allí, quieta y quejumbrosa, frente al fuego del hogar? ¿Por qué tienes la cabeza gacha y los ojillos como llorosos? ¿Por qué desprecias, teniendo hambre, esos ricos y carnosos huesos que han dejado en tu platillo?

¡Pobre «Tula», pobre «Tula»...! Tú también lo sabes, perrillo miserable. También tú sabes que se muere el amo.

Y que ahora, ya no le sientes hecho de pequeños y cariñosos golpecitos sobre tu lomo enflaquecido. Y que ya no podrás de nuevo lamer con ternura sus manos encallecidas y rugosas por las herramientas y los años. Ni comerás con deleite las cosas sobrantes que él te daba de su plato.

¡Pobre perro! ¡Pobre animalito sentimental! Y cómo sabes tú todas las cosas sin que nadie te las diga...

Y estás allí, tirado. Abandonado a tu suerte de animalito doméstico olvidado. Da tanta pena mirarte, que sólo nos pareces una cosa. Simplemente una cosa. Y una cosa triste, casi inútil y arrinconada.

¿Te acuerdas, qué gozo daba acompañar al amo en su largo paseo matutino? Ibais siempre juntos. Y pasabais despacito por el huerto, para recoger las tiernas y frescas verduras cada mañana. Y después caminabais lentamente por los yermos y por los regadíos. Mientras tanto, otro día iba naciendo inopinadamente. Y luego en el tajo, junto al amo, revisabais el trabajo de los jornaleros. Y todos le saludaban. Y le decían «buenos días» con todo el cariño de sus corazones. Porque todos le querían.

Y tú, que marchabas siempre junto a él, sabías bien de su afecto. Y nadie se atrevía entonces a hacerte daño alguno. Porque él te protegía, ¿verdad? Y te daba de comer. Y te dejaba siempre un buen sitio a sus pies, junto al hogar. Y un rincón caliente y tranquilo bajo su propio techo. ¡Qué bien vivías a su lado!

El era el amo. Y tú solamente su perro. Pero andabais siempre unidos, ciertamente... y así, se estaba bien.

En la tierna primavera. Durante el verano agotador. Mientras se deslizaba el otoño gris. A lo largo del interminable y duro invierno. Siempre estuviste a su lado. Siempre.

Y ahora, que de nuevo el frío asoma. Ahora, que en la casa había paz y amor. Ahora, que una llama amorosa os esperaba para calentaros tiernamente. Precisamente ahora, se muere el amo.

¿Por qué estás así de quieto, tú que solamente eres un perro andarín? Por qué tiembles quejumbroso, si estás junto mismo al fuegucillo que calienta? ¿No era ese, «Tula», tu sitio preferido para dormitar satisfecha después de roer pacientemente tu mendrugo?

Corazón de perro... Corazón fiel.

Bien lo sabes todo, es verdad.

Sabes tú que su sitio está vacío. Sabes que el amo ya no volverá a sentarse allí. Y que tú tienes mucha pena de no verlo. Y que las llamitas que bailotean juguetonas sobre el tizón rojizo, están también tristes y ya no calientan como antes. Y que el invierno está comenzando y va a ser más largo que nunca. Y que él no volverá. Y hace mucho, pero que mucho frío...

### *Es el cadáver de un hombre*

Era un hombre. Cuando tenía vida y movimiento, era un hombre. Parece una cosa sencilla. Parece poca cosa. En realidad, lo era todo. Cuando éste se movía y respiraba, era un hombre. Cuando vio. Cuando su corazón fue movido por el amor. Cuando latigó su cuerpo delgado con el cilicio amargo del trabajo. Fue un hombre. Siempre.

Ahora tiene sobre sus ojos extraviados la sombra dorada del espíritu muerto. Y sobre los bronceos miembros, se ha fundido la cera blanca y suave de la paz. Sobre su rostro ha crecido una barba oscura que regó el sudor doliente. Y en los labios entreabiertos una sílaba quedó prendida sin salir.

Era un hombre.

¡Cuán bellas son sus manos inertes, entrelazadas como dos palomas en celo! La sonrisa de su corazón está ahora quieta en la eternidad del tiempo. Tiene el pecho robusto y duro, en la tensión alada de su última batalla. Hacia adelante. Abriendo rocas y rompiendo valles. Tañendo en sus huecas cabidades el eco de la muda voz que entona un himno de esperanza.

Era un hombre.

Y su carne escasa está realizando el prodigio genésico de unirse al mundo. Sus piernas ya no soportan peso alguno. Son como centauros alados, que le arrastran con vigor incontenible a una tierra nueva. Y sus pies distendidos apuntan al infinito. Como dardos afilados que se proyectasen hacia un horizonte de luz añil.

Era un hombre.

Consiguió serlo, cuando tuvo vida y movimiento. Lo logró. Y esto es bastante. Su vida no está ahora vacía. Como tampoco su muerte. Parece algo sencillo. El comprobó que ser hombre, no era cosa fácil. Pero lo fue.

No puede verse el misterio de su cráneo cerrado. El enigma que encierra esa frente rugosa, que está amparada por la nuca tensa. Bajo esos surcos profundos de su frente, reposa una vida entera. La misma vida que ha despoblado poco a poco de la piel brillante los cabellos humildes y venerables. Todavía estará allí apretujada e hirviente en su cabeza noble, la vida intensa que azotó sus años. Fijada en el cerebro reblandecido. Inmóvil allí dentro. Toda la vida sumida en un instante último. Su vida.

El tostado mármol de la piel, tiene sobre el níveo lienzo un color nuevo imposible de imitar. La figura entera emana una nueva fuerza a la que la vida exterior no puede sustraerse. El justo muerto, parece un dios. Otro dios mitológico que volviera a los demás para mostrarse.

Era un hombre.

Ninguna ley le alcanza ahora en sus despojos. Sólo su espíritu ha quedado a merced de los vientos. Y está gozoso. Danza impetuoso en el frenesí perfecto de lo que jamás tiene fin. Está libre. Es libre. El equilibrio se ha precipitado en él. Y él en el equilibrio. Es algo perfecto.

Cuando estuvo entre nosotros, éste fue un hombre.

Amó a todos. Todos le amaron a él.

No hay música para cantarle. Ni letras para escribir dignamente su nombre. Ni materia inmóvil que pueda reflejar después lo que es ahora. Lo que es. Y lo que no es. Lo que es realmente. Y lo que ha dejado de ser.

En sus sienas nevadas de virtud se ha paralizado ya el ritmo. Una luz amarillenta vacila cerca flotando sobre el aceite aromático. Nadie siente temor al mirarle allí tendido. Su presencia es intensa como una brisa constante.

Era un hombre.

En nuestros oídos está su voz. Y sobre las cosas se siente aún la bondad de su mirar. Tenemos prendido involuntariamente el olor de su presencia. Los animales, los mendigos, los niños, los enfermos y una mujer triste notan aún, sobre sí, la ternura de su tacto.

Era un hombre.

En nuestras mentes vive intensamente su acción y su presencia. Y de nuestros corazones, abiertos como granadas maduras, se desgranar despacio ahora las semillas de gratitud que él puso un día.

Una cosa nos queda. Inmóvil pero viva. Una cosa de la que Dios ha reclamado la mejor parte. Un cuerpo inerte que nada ya puede manchar y que cuando tuvo movimiento y calor, fue un hombre.

*Sol de invierno*

Triste. Lucido. Frío y esplendoroso alumbra el sol de noviembre. Solemne es su luz. Majestuosa su presencia como la del anciano aristócrata que presiente su ocaso.

El sol de invierno es, sobre la llanura parda, una fina lluvia de oro viejo.

El sol de invierno es, sobre las personas y sobre las cosas, un aliento tibio de vivificadores cendales.

¿Puede ser triste la vida? Sí, todo puede ser triste algunas veces. Muchas veces. Y la vida misma que es la luz macilenta del grande astro, lo es. Y es deprimente el calor impotente de sus haces, que se debaten con desgana a débiles empujones contra el frío.

¡Qué alejado de la tierra estás tú, oh sol grande, en el invierno!

Eres muy hermoso. Y hasta podemos contemplarte cara a cara, sin que tus destellos nos hieran sobre los ojos.

El gigantesco girasol de la mañana, tiñó la púrpura de sus aquietados labios con un morado sobrenatural. Y el amor de su caricia, templó con cuidado maternal la tierra virgen que habrá de albergar sus despojos.

Bajo el sol de invierno, entonamos la muda canción del dolor. Y su eco en nuestros corazones ha puesto una laxitud infinita.

Nos amamos con fe los unos a los otros. Y el sol, en su cenit, fue el solo testigo de nuestros llantos. No hubo quejas ante la luz opaca. Ni lamentaciones por la ausencia de nuestro ser querido.

Sólo hubo sobre nosotros un ser plateado, fulminando amargamente nuestras frentes. Y nuestros pechos. Y nuestras almas.

Un sol de noviembre, casi otoñal, iluminado en el mundo el día de nuestro duelo.

El ha sido la corona de oro del patriarca muerto. Han brillado sus sienas que casi ocultaban ya el enlutado pino. Ha alentado su alma etérea y resplandeciente.

Sobre el cordaje tenso y finísimo de millones de rayos luminosos, un espíritu ha ascendido a lo alto, deslizándose impalpable. Y por el mismo centro del ardiente y manso sol, habrá alcanzado gozoso al espíritu creador de su vida y de su muerte.

Sol de invierno que nos alumbras en silencio. Escuchamos fervientes el eco de tu recogida oración. ¡Oh sol de paz que nos ves y nos amas! Te damos gracias.

Gracias por tu vida. Por tu luz. Por tu pobre calor.

Gracias por tu enorme amor.

### *El cementerio de la colina*

Sobre la tapa negra y toscamente bruñida del ataúd, han resonado secamente al caer, los terrones húmedos y recién cavados.

Con las primeras paladas de tierra, se mezcló humildemente un puñado de tiernos pétalos de rosa. De milagrosas rosas invernales, frías y hermosas como las manos de una estatua de mármol.

Hemos subido al patriarca inerte. Sobre nuestros hombros, hemos sentido su peso hasta la colina. Y él parecía acariciar nuestros huesos vivos con su aliento. Y el soplo de su alma estaba en nuestros corazones.

Ya no le veíamos, porque el pino oloroso le ocultaba a nuestra vista. No podíamos verle, pero sabíamos bien que él estaba aún entre nosotros.

Sobre la colina breve, entre cuatro tapias arruinadas y blanquecinas, está aquel cementerio pequeño. Permanece. Allí está, aquietado y sereno, de cara al cielo y a los vientos. Ese cementerio feliz, parece existir desde siempre. Hecho de paz y de dulzura. De blancura inmóvil y de esperanzas.

Sobre la suave colina, diríase que el cementerio chiquito se ha posado como una tórtola cansada de volar. Nada puede concebirse más abierto a todos, más acogedor.

En sus entrañas maternas hay tierra bendita que espera paciente. Ningún ritmo se presiente en el recinto. Tras la verja herrumbrosa, que gira chirriando sobre enmohecidos goznes, el tiempo y la vida exterior se han detenido dulcemente.

Esas cruces sembradas por nosotros, son ahora el eco de una vida nueva. Y esas pobres sepulturas, la bella sinfonía de la justicia eterna.

Hemos subido al patriarca sobre nuestros hombros. Le hemos subido y le hemos dejado allí. El cura le ha esparcido sus bendiciones. Nosotros con mal reprimidos sollozos. Algunos con lágrimas visibles y amargas. Una mujer miserable con pétalos de rosas invernales.

La tierra le ha arropado cariñosa entre los pliegues de su maternal regazo. El patriarca se ha dejado hacer y nos ha amado como siempre.

En el fijo azul, se han agitado blancas y sutiles nubes. El aliento del cielo ha sido frío. Sobre la colina imperceptible, una brisa dulce se ha agitado.

Encima de la tierra removida hemos plantado las puras cruces de nuestra fe. Y le hemos dejado. Le hemos dejado.

Ahora, ya nadie está a su lado. Nadie le queda ya. Está solo. A solas con su Dios. Y sobre su espíritu y encima de sus despojos aún tibios, coletea juguetona la brisa fría que lame los campos. El vientecillo amargo y sonriente que lleva y trae en su deambular las flores deshojadas. Las pobres y bellas flores que son el único tesoro de los muertos.

Sobre la colina, una columna invisible de blanco y oloroso incienso asciende a las alturas. Y el aroma del sándalo y la mirra se han mezclado, consumiéndose sobre el altar sagrado.

La vida, y la muerte, y la redención se han consumado definitivamente sobre el patriarca.

Ya nadie está a su lado, excepto su Creador.

Como si hubieran florecido en una primavera espontánea y nueva, están sobre su tumba las flores tristes y la cruz alegre. Las milagrosas flores de invierno... que son el único tesoro de los muertos.

